



VOL: AÑO 11, NÚMERO 31

FECHA: MAYO-AGOSTO DE 1996

TEMA: VIDA COTIDIANA Y SENTIDO COMÚN. ENFOQUES TEÓRICOS Y APROXIMACIONES EMPÍRICAS

TÍTULO: **Vida cotidiana, familia y masculinidad**

AUTOR: *Rafael Montesinos* [*]

SECCIÓN: Artículos

RESUMEN:

En este ensayo se aborda la problemática familia-masculinidad desde la perspectiva de la vida cotidiana. Se intenta así identificar los principales conflictos que los hombres enfrentan al transformarse el contexto tanto público como privado. Se analiza también a la familia como manifestación de la vida cotidiana, y por tanto, en permanente intercambio con el entorno. Una de las hipótesis que guían a este trabajo es que la crisis económica profundiza la crisis de la identidad masculina en un contexto en el que emergen nuevos símbolos que cuestionan la autoridad social de los hombres.

ABSTRACT:

Everyday Life, Family and Masculinity

This essay deals with the relationship between family and masculinity from the viewpoint of everyday life. In this way, there is an attempt to identify the main conflicts which men have to face, once the public as well as the private contexts are transformed. The family as an everyday expression is analyzed, therefore, in permanent interchange with the environment. One of the leading hypothesis of this work mentions that an economical crisis intensifies that one of masculine identity, within a context in which new symbols emerge and put into question men's social authority.

TEXTO:

La idea preliminar

La vida cotidiana puede ser discutida, como todos los objetos de estudio, desde diferentes perspectivas. La primera podría ser una discusión teórico-conceptual en la cual se analizaran los distintos autores que tratan el tema de la vida cotidiana desde enfoques provenientes de las disciplinas sociales, como es el caso de la sociología, la antropología, la psicología, la historia y la misma filosofía. Evidentemente, la misma magnitud del objeto de estudio obliga a seleccionar ya sea a un autor o una perspectiva analítica, pues de otra forma se desbordarían los límites que modestamente alcanza un trabajo planteado a manera de ensayo. Sin embargo, la revisión de un sólo autor también implica el peligro de caer en un pozo sin fondo, pues la complejidad de algunos autores, por sí mismos, requeriría un esfuerzo de más largo plazo, y obviamente, de un espacio mucho más generoso que el que aquí se brinda. La segunda posibilidad estaría ubicada en el plano del análisis empírico, cuyo reto sería captar a la vida cotidiana a partir de un mínimo de indicadores que nos permita entender y exponer coherentemente el tema. Una empresa

de tal naturaleza tampoco sería nada condescendiente con el investigador que pretenda incursionar o profundizar sus conocimientos sobre la vida cotidiana. Y por último, la tercera alternativa plantearía una interpretación sustentada en los dos niveles de análisis: el teórico y el práctico.

Como ya se podrá percibir, cualquiera de estos tres caminos amenaza con serias contingencias de difícil solución; el optar por alguna de las dos primeras ni siquiera promete agotar la veta elegida, ya sea lo teórico-conceptual o lo práctico. El tratamiento abstracto seguramente dejará el sinsabor de no alcanzar a resolver, quizás, cuestiones "prácticas" que permitan aterrizar en el campo concreto de la vida cotidiana, y viceversa, una interpretación empírica podrá caer en el abismo de descripciones que, carentes de referentes teórico-conceptuales, nos ofrezcan información vasta y detallada incapaz por sí misma, sin embargo, de brindar una percepción coherente del ámbito de la realidad social que pretendemos conocer. En todo caso, la tercera vertiente hace factible la depuración de la cascada conceptual que pesa sobre el objeto de estudio que hoy llama nuestra atención. Se tendrá que equilibrar entre lo teórico y lo práctico, obligando al sociólogo, antropólogo, historiador o investigador cualquiera, a vincular tanto el trabajo teórico como el empírico. Pues, por ejemplo, no toda la información recopilada puede ser de utilidad para el tratamiento conceptual de un objeto de estudio, al tiempo que la realidad empírica fungirá como un difícil sinodal para los referentes teóricos empleados en el tratamiento sistemático de nuestro tema. Lo teórico-conceptual corre el riesgo de convertirse contra la *praxis*; la teoría sobre la vida cotidiana podría presentarse ajena a la vida cotidiana concreta y viceversa.

Las dos primeras estrategias representan dos aspectos de un todo que en su tratamiento aislado corren el riesgo de constituirse en rivales. En ese sentido, la tercera plantea como objetivo la superación de una diferencia irreparable que tendría que ser atribuida más a la obstinación de los investigadores, que a la naturaleza misma del objeto de estudio. Y en la medida en que no existe teoría sin *praxis*, es necesario encontrar la relación entre las partes que conforman a la unidad: lo material y lo simbólico (Godelier, 1989). Es por ello que planteo los dos siguientes apartados. En el inmediato reviso sintéticamente los principales trabajos sobre vida cotidiana de Agnes Heller, y en el siguiente expresiones de la vida cotidiana en torno al tema de familia y género, destacando las transformaciones que se registran particularmente con la identidad masculina. Las tesis que aquí se sostienen pretenden revisar la relación existente entre la vida cotidiana y la masculinidad, pues según mi interpretación, ésta tiene como referente constante a las relaciones entre los géneros que se reproducen, primero, en el espacio privado, y luego en el público.

La vida cotidiana, según Agnes Heller

Quizás no exista intelectual que, como Agnes Heller, haya destinado una parte tan importante de su obra a la cuestión de la vida cotidiana. Bastan y sobran aspectos que discutir sobre este tema si consideramos, sobre todo, que esta autora nos ofrece una amplia y compleja reflexión [1] proveniente de diversos ámbitos de las ciencias sociales, lo mismo desde la sociología, antropología, historia, que de la psicología y la propia filosofía. De tal manera que la ruta es larga y sinuosa. De cualquier forma vale adelantar que esta revisión pretende establecer cuáles son los elementos mínimos para definir a este fenómeno sociocultural que venimos denominando como *vida cotidiana*.

¿Quién puede negar la autoridad de Heller como socióloga o como cientista social? Sería difícil encontrar a alguien que lo hiciera, aunque es posible y sano encontrar quien no comparta sus planteamientos y, más aún, sus interpretaciones. En todo caso espero mostrar la consistencia de su obra sobre la vida cotidiana; en ese sentido van los

siguientes párrafos que inevitablemente recurrirán a algunas citas textuales que establecen relaciones mínimas entre sus trabajos.

Partimos de la definición de Heller para analizar lo que nos ofrece como su primer esfuerzo conceptual: "la vida cotidiana es la totalidad de actividades que caracterizan las reproducciones singulares productoras de la posibilidad permanente de la reproducción social" (Heller, 1985:9). Como se puede observar, el referente de esta definición es *el conjunto de actividades permanentes que garanticen la reproducción social*. La idea, así, se sitúa en un nivel claramente especulativo, pues dichas actividades podrán encontrarse en cualquier ámbito de la vida social, ya sea económico, político o cultural. Además, tendríamos que reconocer que situar el ámbito no resuelve nada, pues pensando, por ejemplo, en lo cultural, sería indispensable establecer el espacio social en que se reproducen esas actividades: el espacio público o el privado. Después saltaría la duda sobre la participación en la actividad de los miembros sociales, esto es, si se trata de una actividad individual o colectiva, al mismo tiempo que se tendría que especificar si se trata de una reproducción de la sociedad material o simbólica. Las dudas no deben presentarse de manera aislada y sus vinculaciones son, prácticamente, evidentes. La reproducción material se ubica como una actividad económica que bien puede desempeñarse individual o colectivamente de igual forma que lo cultural se asocia a la reproducción simbólica.

Cuando más adelante Heller señala que "la vida cotidiana es la vida de todo hombre. La que vive cada cual, sin excepción alguna, cualquiera que sea el lugar que le asigne la división del trabajo intelectual y físico" (Heller, 1985:39), podemos inferir que la vida cotidiana es inherente a la vida social y que se extiende a cualquier tipo de actividad de los individuos, sin importar su clase social, y por lo tanto, su actividad económica. Pero reconociendo a la actividad económica como la única que garantiza la reproducción material de la sociedad ¿algún aspecto de ésta podrá ser identificada como vida cotidiana?; ¿sí, no, por qué? Incorporar el elemento de la asimilación individual como expresión de la cotidianidad y a su vez relacionarlo en términos de su intercambio en su contexto social, su comunidad, nos remite a un fenómeno esencial en las ciencias sociales, como es el proceso de socialización, y nos conduce a referentes conceptuales tan elaborados, no necesariamente tan afinados, como el de *cultura*. [2] Veamos la idea que maneja Heller:

Esta asimilación, esa *maduración* hasta la cotidianidad empieza siempre por grupos (hoy, generalmente, en la familia, en la escuela, en comunidades menores). y estos grupos *face-to-face* o copresenciales *median* y *transmiten* al individuo las costumbres, las normas, la ética de otras integraciones mayores. El hombre aprende en el grupo los elementos de la cotidianidad (por ejemplo, que se tiene que levantar y actuar por su cuenta; o el modo de saludar, o cómo comportarse en determinadas situaciones, etcétera)... (Heller, 1985:42).

Entonces, la similitud entre vida cotidiana y cultura es tan marcada que resulta pertinente pensar si se trata de conceptos que intentan captar el mismo aspecto de la realidad social, o si los aspectos a captar se acercan tanto que provocan la confusión entre uno y otro concepto.

Más adelante, en *Sociología de la vida cotidiana*, Heller define nuevamente a la vida cotidiana a partir de otros referentes: "para reproducir la sociedad es necesario que los hombres particulares se reproduzcan a sí mismos como hombres particulares. La vida cotidiana es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social" (Heller, 1991a:19). Aquí se refrendan las actividades dirigidas a reproducir a la sociedad haciendo predominar al individuo como referente. De esa forma, sin agotar las implicaciones que

adquiere la vida cotidiana, al menos se va delimitando la amplitud de la definición inicial. Situar al particular como el centro de atención al sujetar la reproducción social a la del individuo, sugiere reconocer los espacios básicos que representan el origen de la reproducción individual: el espacio privado, en general, y el familiar en particular. [3]

También se refrenda la cuestión de la continuidad como una garantía que la vida cotidiana le otorga a la reproducción social, pero en este trabajo se especifica que tal continuidad se eslabona a partir de las actividades cotidianas realizadas *cada día*. [4] Por lo tanto, ya se plantean más elementos que permiten delimitar interacciones sociales que dan forma a la vida cotidiana. "La vida cotidiana se desarrolla y se refiere siempre al ambiente inmediato. El ámbito cotidiano de un rey no es el reino sino la corte. Todas las objetivaciones que no se refieren al particular o a su ambiente inmediato, trascienden lo cotidiano" (Heller, 1991a:25). La idea, aunque sugerente, nos trae a la memoria los trabajos de Elias, a quien se reconoce autoridad por la profundidad analítica de sus interpretaciones sobre la transición del feudalismo al capitalismo (Elias, 1982 y 1987). En ellos tendríamos que identificar cómo la vida cotidiana adquiere su expresión a partir de la reproducción social de los espacios particulares de la sociedad cortesana. Además, la continuidad de las actividades de los individuos queda captada a través del concepto de *continuum histórico*, entendido como el conjunto de actividades sociales que garantiza la reproducción de la sociedad, y por tanto, su permanencia en el tiempo, percibiendo además la posibilidad del cambio social. En éste la continuidad no significa necesariamente ruptura, sino persistencia de la esencia de la interacción social (Elias, 1987). Por su parte, la idea de Heller, aunque nos permite precisar más el tema, no resuelve la ambigüedad del concepto de vida cotidiana. Identificar la continuidad de las actividades sociales que se realizan diariamente en los ámbitos inmediatos de los individuos sugiere que se puede reconocer más a la vida cotidiana cuando predominan en nuestra atención las interacciones de los individuos. Por otro lado, pareciera que lo político, en tanto que actividad propiamente colectiva y temporalmente discontinua, estaría situado en un ámbito ajeno a la vida cotidiana. ¿Qué pasaría con un individuo en quien su reproducción social, material, depende de una práctica política diaria, y por tanto cotidiana?

El aspecto inmediato podría ser discutido a partir también de otras interpretaciones de la cultura, como es el caso de las interpretaciones de Bourdieu, quien hace referencia al *habitus*, precisamente, como la diversidad de los ambientes inmediatos a los individuos, de los que depende su identidad cultural (Bourdieu, 1990:135-142). En este sentido, la vida cotidiana, como la cultura, se expresa en una diversidad de ámbitos de la vida social como la cantidad de posibilidades que los individuos tienen de interactuar en su ambiente social. Así, las limitaciones de intercambio social de los individuos se convierten en una reducción del ambiente inmediato al que se refiere Heller. En todo caso, por diversa que sea la experiencia cotidiana del individuo, constituye la preparación de los individuos en prácticas más generales que ya no pueden ser consideradas como parte de la vida cotidiana. *La vida cotidiana hace de mediadora hacia lo no cotidiano y es la escuela preparatoria de ello* (Heller, 1991:25). Se trata entonces de distinguir dos etapas del proceso de socialización, la primera, la de la vida cotidiana que alude a las intermediaciones sociales de los individuos que lo reproducen diariamente, y la segunda, la que representa su incorporación a ámbitos más generales o colectivos, y por lo tanto, esporádicos y en ocasiones azarosos.

En *La revolución de la vida cotidiana*, Heller consolida lo que ha construido anteriormente: *no puede existir reproducción social sin reproducción individual*. Por esa razón, sin exaltar el papel individual frente el colectivo, ahora toma como centro de atención a la familia, pues en todo caso representa a la célula básica de la sociedad que garantiza con su quehacer diario la reproducción de los individuos: "...la familia es la *base de operaciones*

de toda nuestra actividad cotidiana: el lugar de *partida* y el punto de *retorno*, nuestro *locus* espacial, nuestra casa. Digamos finalmente -y no se trata de lo menos importante- que en la familia se forman y determinan las relaciones más inmediatas entre los hombres y entre el hombre y la mujer" (Heller, 1982:31). Esta definición representa un concepto flexible pero mucho más capaz de servir como instrumento para delimitar el fenómeno social que se pretende estudiar. La vida cotidiana adquiere aquí una consistencia inusual, pues si incorporamos las primeras aproximaciones a esta definición estaremos en condiciones de concluir que, en todo caso, independientemente de las semejanzas con los conceptos de la *cultura*, [5] identifica las relaciones básicas de los individuos en su interacción *face-to-face*. La familia es entonces el espacio que mejor permite expresar el sentido de la vida cotidiana, la actividad social diaria que reproduce en lo inmediato al individuo y por lo tanto a la sociedad misma.

Sin pretender haber explotado en toda su extensión los principales trabajos de Agnes Heller sobre vida cotidiana, llegaré hasta aquí en esta revisión conceptual para abordar ya el objeto de interés en este ensayo que, en todo caso, es la vida cotidiana como fenómeno de reproducción de las relaciones genéricas. Es, sin duda, una relación *face-to-face* realizada diariamente, y que por ello reproduce a la sociedad, al menos, en el ámbito simbólico, desde lo individual hasta lo colectivo. De hecho, la identidad genérica, femenina o masculina, es el centro a partir del cual gira la forma de reproducción individual en la medida en que determina las formas cómo el individuo interactúa en su espacio privado y en el público. La reproducción del individuo depende, en general, de la reproducción cotidiana de su identidad genérica. En ese sentido, plantearé que tanto la identidad masculina como la femenina tienen su referencia inmediata y permanente en el espacio familiar, que es el espacio medular de la reproducción social cotidiana.

Familia y género como vida cotidiana [6]

Analizar la masculinidad a partir de las nuevas tendencias de la familia sugiere que aun en la actualidad ese núcleo social es fundamental en la definición de las identidades genéricas. En ese sentido, el primer problema metodológico es determinar la importancia que tiene cada espacio social, el público y el privado, en la reproducción de la vida cotidiana, de tal forma que al considerar el peso predominante que tiene el espacio público en la configuración de la sociedad contemporánea, pareciera que el espacio privado, y por ende la familia, influye marginalmente en la definición material y simbólica de la sociedad.

Evidentemente, si pensamos que la evolución de la sociedad capitalista ha situado en un lugar secundario a la familia, en cuanto unidad de producción, inferiremos por qué en la actualidad el espacio privado está desprovisto de los valores materiales y simbólicos que permiten a un individuo adquirir cierto *statu quo*. [7] De hecho, la discusión acerca de la desigualdad entre hombres y mujeres refleja la desvalorización de la vida cotidiana a la que se confinó a la mujer por tanto tiempo. Asimismo, conforme la cultura contemporánea le confirió al hombre el espacio público como su espacio social "natural", pareciera que las transformaciones al interior de la familia no afectan su identidad masculina. Por esa razón, vale la pena evaluar hasta dónde los cambios en la vida cotidiana alteran su estructura individual.

Se trata de analizar a la familia, primero, como un sistema que se puede aislar de su entorno. De esta forma intentaremos anular el determinismo social que, en la interpretación de Parsons, sitúa a la familia como un subsistema sujeto a los cambios societales; como un subsistema que adquiere una posición pasiva en el intercambio con su ambiente.⁸ Segundo, el cambio de la estructura familiar se analizará a la luz de las

transformaciones del proceso cultural, de tal manera que las nuevas prácticas sociales de la experiencia cotidiana a partir de la cual se reproduce la familia, sean "comprendidas" como expresión de la totalidad sistémica.

Vida cotidiana y familia

Cuando se señala a la familia como la célula fundamental de la sociedad, se reconoce en ésta el espacio social en el que se reproduce la vida cotidiana, de tal forma que si en ella descansa la reproducción material y simbólica de los individuos, es entonces la vida cotidiana la primera instancia social a partir de la cual la sociedad induce al individuo en un proceso de aprendizaje de cada una de las normas que le permitirán interactuar con su entorno. Esta función social que desempeña la célula familiar sintetiza la primera etapa del proceso de socialización a que se sujeta el individuo. En ese sentido, la familia se constituye en el vehículo de comunicación entre la sociedad y el individuo. *La vida cotidiana, a semejanza de la cultura, es entendida como el conjunto de valores, orientaciones, actitudes, expectativas (sobre todo), normas, conductas y prácticas sociales reproducido por la familia en el ámbito privado, por lo que ésta se constituye en la principal garantía de la reproducción social.* Es entonces en la familia, en su espacio social que es el privado, donde se reproducen las relaciones *face-to:face* a las que hace referencia Agnes Heller. El espacio "natural" en el que se captan prácticas repetitivas, y por tanto continuas, que garantizan la reproducción social.

Así, la familia aparece como una síntesis del sistema societal, y por lo tanto, el intercambio en ella sugiere el predominio del entorno. Sin embargo, habrá de considerarse que, finalmente, cada familia reproduce cultural mente a la sociedad desde la experiencia social de cada uno de sus miembros, esto es, de la experiencia cotidiana, de tal modo que la homogenización cultural de los individuos que presupone el proceso de socialización en realidad está sujeto a la peculiaridad de cada familia, a la asimilación específica de la cultura que esa célula social hace en su propio proceso de reproducción social. Como se intenta sugerir, el espacio privado en el que se reproduce la familia le confiere cierta autonomía en la aplicación de los valores culturales que rigen en su entorno, y la experiencia cotidiana de los integrantes de la familia garantiza la transferencia de valores provenientes del entorno: los depura. En el caso específico de la identidad masculina, es pertinente reconocer que la transformación del imaginario colectivo que se prueba en el espacio público puede ser matizado a partir de una reproducción tradicional de las conductas genéricas que exige la dinámica familiar.

Por otra parte, concibiendo a la familia como la parte de la totalidad sistémica elegida para desentrañar un aspecto de la realidad, habremos de reconocer que la familia constituye así una célula social cambiante, no sólo por la influencia del entorno sino, también, por la iniciativa propia de sus miembros. Esta atribución nos permitirá explicar coherentemente el papel social de la familia como una unidad relativamente autónoma del proceso cultural. Se trata, entonces, de interpretar la función social de la vida cotidiana como un filtro entre la cultura y el individuo. Por ejemplo, cuando Bell se refiere a los procesos de modernización de la sociedad contemporánea, y señala que la cultura avanza mucho más lentamente que la economía y la política, sabemos que esto obedece a una actitud colectiva tendiente a conservar los valores culturales del pasado, [9] a la persistencia de la vida cotidiana. De igual forma, como este autor lo explica, las contradicciones que genera la resistencia al cambio de algunos sectores sociales, provoca una ruptura cultural a partir de la cual podemos reconocer el choque generacional. Este fenómeno refleja cómo la familia, efectivamente, adquiere cierta autonomía respecto al proceso cultural. Los choques generacionales no son otra cosa que experiencias cotidianas coexistentes en el mismo espacio social. En ese sentido, la diversidad de la interacción de los

individuos, su capacidad para convivir en diferentes ámbitos sociales o su incapacidad ante esta posibilidad, representa perspectivas del mundo que pueden diferir significativamente de la experiencia cotidiana de otro miembro. Es el clásico conflicto entre padres-hijos o hijas.

En tal sentido es importante considerar la dinámica del sistema y el entorno. Es decir, que habrá de reconocerse, primero, que la familia tiene sus tiempos de reproducción, y por consiguiente su interpretación como sistema se apega a las reglas biológicas: *nace, crece, se reproduce y muere*. Evidentemente, la muerte de la familia adquiere un carácter metafórico, aunque en sentido estricto la familia original, es decir, sus fundadores, mueran. Entonces la reproducción de la familia implica la posibilidad de que cada uno de los nuevos miembros, de los hijos, formen una nueva familia independiente de la original, garantizando así la reproducción de la sociedad. La familia adquiere el carácter de institución fundante de la sociedad, pues promueve que la totalidad sistémica persista en el tiempo. En segundo lugar, el permanente cambio en el desarrollo societal provoca la emergencia de nuevos rasgos económicos, políticos y culturales que sin duda, influyen en la dinámica de la vida cotidiana. En ese sentido es necesario reconocer una situación en la cual la familia se ve convulsionada simultáneamente por los conflictos de la dinámica societal y los que corresponden a su propia reproducción, afectando así la identidad de sus miembros.

En este contexto la transformación de la familia que se advierte a partir de sus diferentes ciclos, provoca una serie de cambios internos que suponen el riesgo de algún tipo de conflicto. Me refiero, por ejemplo, a que en la primera etapa de la familia, la unión de una pareja se ve alterada con la llegada de los hijos, lo mismo que la dinámica de la familia nuclear [10] se va alterando conforme los hijos crecen o comienzan a independizarse, etcétera. Se trata de considerar que por sí sola, la reproducción de la vida cotidiana, en su intercambio entre ámbitos sociales más amplios, provoca situaciones inestables que afectan las estructuras psicológicas de sus miembros, modificando las identidades genéricas tanto de los hombres como de las mujeres (Leñero, 1976).

Por otra parte, el cambio cultural siempre genera conflictos, sea en una primera etapa el rechazo a lo nuevo, ya sea en el arte, la ciencia, los valores o las costumbres, o bien conflictos entre grupos o clases sociales que confrontan sus identidades culturales o el choque generacional al que nos referíamos. Es posible pensar en un escenario en el cual la familia, y por tanto sus miembros en lo individual, queden expuestos a un ambiente societal, inter y extrasistémico en crisis. Así, la vida cotidiana como experiencia individual tiene una repercusión al interior de la familia, de su estructura jerárquica y simbólica.

El hecho de tratar a la familia como la célula social en la que recae la responsabilidad de inducir al individuo en el proceso de socialización, supone que a ésta corresponde la tarea de reproducir a la sociedad desde su origen individual. En ese sentido, es posible considerar a la vida cotidiana como el fenómeno social mediante el cual la familia dota de identidad al individuo; por lo tanto, no cabría descartar que en la actualidad la familia continúe siendo el referente obligado de la identidad de los géneros. Al respecto Heller menciona lo siguiente:

Quien tiene autoconsciencia no se identifica espontáneamente consigo mismo; guarda más bien cierta distancia respecto de sí mismo y, en consecuencia, también respecto de sus motivaciones, concepciones y circunstancias particulares. No cultiva exclusiva, ni prioritariamente, las características y cualidades llamadas a permitirle orientarse y prevalecer mejor en su entorno inmediato (como ocurre en el caso del sujeto particular), sino también las que considera más valiosas, las que corresponden mejor a la jerarquía de valores

que ha elegido a partir de objetivaciones propias de la especie y del sistema de exigencias sociales (Heller, 1982: 14).

Se trata de un proceso profundamente complejo, pues la familia sitúa de antemano al individuo en un lugar específico de la estructura social; por ende la ubicación social de la familia le confiere al individuo ciertas características que conformarán su identidad. La incorporación del individuo a la sociedad, y fundamentalmente a las instituciones educativas, le permitirá ir adquiriendo nuevos rasgos de identidad para reconocerse como parte de la colectividad. En todo caso, como lo sugiere Bourdieu, la identidad se conforma por la experiencia de los individuos en todo *habitus* en que se desenvuelva.

En resumen, es la vida cotidiana como síntesis de la experiencia de los individuos a la que corresponde la tarea de reproducir las identidades individuales. Su función cultural se ubica, fundamentalmente, en el plano de lo simbólico. En ese sentido, por lo que toca al objetivo de este ensayo, el papel de la familia como facilitador de la identidad individual sitúa a este fenómeno en el origen de la fundación societal; de ahí que en las siguientes líneas se intente explicar cómo las crisis registradas en la familia constituyen una de las causas, quizás la principal, de la crisis en la identidad de los géneros, particularmente, el de la identidad masculina.

Familia e identidad genérica

Así como la familia inicia en el proceso de socialización al individuo, la primera referencia de la identidad de éste la constituye su familia de origen, de tal forma que aunque la familia reproduzca los valores, principios, normas y prácticas sociales en general, la especificidad de la vida cotidiana determina la posibilidad de dotar a sus miembros de una individualidad. Por esa razón la importancia que adquiere la familia como reproductora de la sociedad se ubica en la construcción de estructuras psicológicas individuales, compatibles mínimamente con las estructuras culturales. La vida cotidiana representa, así, el origen de la *psicogénesis* que al mismo tiempo es el fundamento de la *sociogénesis*. [11] Evidentemente, se trata de un proceso circular, aunque en este enfoque aparezca en una perspectiva que va de lo individual a lo colectivo y de lo privado a lo público, es decir, de lo particular a lo general.

Cuando nos referimos a la función cultural de la familia aludimos a su capacidad para transmitir los símbolos que sintetizan las estructuras de la sociedad; realmente pensamos en el aspecto subjetivo del proceso de socialización, la reproducción de la vida cotidiana. En este sentido, se hace referencia a que el individuo va aprendiendo los signos sociales a partir de las *representaciones inmediatas*, es decir, las representaciones que se manifiestan en su ámbito familiar. Antes de que el individuo aprenda a hablar ya ha registrado una serie de símbolos que le permiten ir adquiriendo su identidad (Elias, 1994). El individuo ha aprendido que es niño o niña. Su interacción con ambos sexos en su ámbito familiar le permiten ir diferenciando lo que es el *ser mujer o ser hombre* (Kaufman, 1989). Posteriormente, cuando el individuo ha aprendido a hablar se encuentra en condiciones de potenciar su aprendizaje, pues sus primeras representaciones simbólicas se ven reforzadas o complementadas por las explicaciones acerca del mundo que sus familiares le ofrecen. Aprende a distinguir, entonces, cuestiones de carácter subjetivo; va creando juicios de valor, por lo cual comienza distinguir entre "lo bueno" y "lo malo". Los estudios sobre la mujer han explicado cómo la estructura cultural de la sociedad contemporánea propicia que los niños la identifiquen a partir de atributos que están desvalorados socialmente. O como lo sugiere Nancy Chodorow, en esta parte del proceso de socialización el individuo está en condiciones de identificarse, según su sexo, con la madre o el padre.

El individuo va adquiriendo su identidad genérica, y por tanto, comienza a distinguirse de la otredad. Es mediante la vida cotidiana que comprende cuál es el rol que la sociedad ha asignado a los de su sexo, de tal forma que su interacción en cada *habitus* ha de reflejar una actitud adecuada a su género. Nuevamente, la vieja idea que nos hereda el feminismo respecto a la subordinación de la mujer nos sugiere que tanto hombres como mujeres saben actuar conforme a lo que de ellos espera la sociedad. *La cultura, es decir, el conjunto de valores, normas, principios y prácticas sociales aceptadas, se vuelve el molde de las conductas femeninas y masculinas, y la vida cotidiana se encarga de reproducirlos, repetirlos, copiarlos.* Evidentemente, el proceso de construcción de las identidades propicia relaciones mucho más complejas, pues no sólo se trata de establecer los rasgos del rol social que corresponde a cada uno de los géneros, sino que la familia le enseña al individuo que la sociedad espera conductas diferentes en cada una de las etapas de desarrollo. Es decir, que aunque en general la sociedad espera que el hombre, en su infancia o su madurez, reproduzca las características que culturalmente corresponden a su género, las exigencias hacia un niño o un hombre son completamente diferentes. Por ejemplo, si en el caso del niño se espera que manifieste características que reflejen decisión, severidad, ambición, independencia, deseo de poder, creatividad, razón, etcétera, de un hombre maduro se espera que esas características se traduzcan en una estabilidad emocional y material. De igual manera, la sociedad esperaría que la abnegación, la apatía, la debilidad, la incoherencia, la dependencia, etcétera, redituaran a la mujer el sustento de su estabilidad emocional, y por tanto, su realización personal. [12] Aunque estos rasgos correspondan más a las características genéricas de sociedades tradicionales, podremos pensar que la transformación de éstos provocará, necesariamente, ciertos conflictos en las relaciones de pareja y familiares, pues como he señalado, es de esperar que los cambios culturales provoquen ciertas contradicciones sociales, sobre todo en el espacio privado en el que se reproduce la vida cotidiana.

La familia y la tradición

Visto así, es factible comprender por qué la vida cotidiana que recrea la familia aparece como un filtro cultural entre la sociedad y el individuo, en el sentido de potenciar la dinámica del cambio o de impedir que sus miembros sean influenciados por el entorno. La afirmación respecto a que la cultura cambia más lentamente, apunta a destacar, precisamente, que la vida cotidiana juega un papel refractario para el individuo, pues en el ámbito privado combate las influencias exteriores, sobre todo si éstas atentan contra el *statu quo*. Por esa razón la familia es considerada, normalmente, como portadora de la tradición y como tal tiene que garantizar, hasta donde ella pueda, la reproducción de las viejas costumbres que en su repetición adquieren forma a partir de la vida cotidiana. El problema radica en la incapacidad de la familia para valorar los cambios registrados en el entorno. En ese sentido, la familia se encuentra en virtual desventaja ante los cambios externos, puesto que su interacción con la totalidad sistémica le impone una influencia que no puede contener más que con el abuso del poder. De tal forma que tarde o temprano, a riesgo de provocar mayores conflictos entre los miembros de la familia, la autoridad permite a uno o alguno de ellos, reproducir en el espacio privado nuevas prácticas sociales identificadas con los cambios culturales que sufre la sociedad. Es el caso de las experiencias cotidianas de los miembros de la familia.

La variedad de ejemplos es muy amplia, aunque vale considerar que los intercambios culturales con el entorno generan diferentes tipos de conflictos. Por ejemplo el caso de un joven que quiere vestir a la moda cuando el padre es un defensor de la tradición, de la masculinidad, no es tan conflictivo como el de una joven que queda embarazada sin estar casada. Además, no es lo mismo plantear estos intercambios en una familia de los años

setenta, que en una de los años noventa, y lo mismo si se trata de una familia correspondiente a diferente estrato social, y por tanto, cultural.

Como se puede observar, se trata de reconocer que la reproducción cultural en el espacio familiar puede recrear expectativas que ya no corresponden a la realidad actual. Por ejemplo, considerando que las familias de clases medias de los años sesenta y setenta inducían a los hijos al estudio con el objeto de elevar su nivel de vida, hoy está demostrado que los estudios no garantizan siquiera el conseguir empleo. O bien el hecho de que en la familia se continúe educando a los hijos varones para ser los proveedores del hogar; esto, lo único que provocará es que cuando estén en edad de contraer matrimonio, queden en riesgo de hundirse en una crisis de identidad genérica por no cumplir con las expectativas que introyectaron en su proceso de socialización. De esta manera, las expresiones de la vida cotidiana, y por tanto de la familia, pueden contribuir a las crisis de identidad masculina.

La crisis de la masculinidad

La crisis de la masculinidad obedece actualmente en México a dos fenómenos sociales: uno, al hecho de que dentro de las nuevas formas de expresión de las identidades femeninas, aparezcan las mujeres como ejerciendo el poder, es decir, rompiendo los mitos que proyectaban al hombre como personificación exclusiva del poder; y dos, el deterioro de la economía que, finalmente, limita las posibilidades de mantener la imagen masculina a partir de su papel de proveedor de la familia. Se trata de un contexto cultural donde los nuevos símbolos genéricos no corresponden a las interpretaciones que el imaginario masculino reproduce hasta la fecha (Montesinos, 1995). La reproducción de la vida cotidiana sugiere la incapacidad de sus miembros para contener las influencias externas que atentan contra la confirmación de las identidades genéricas, sobre todo de la masculina.

Sería cuestión, entonces, de analizar hasta qué punto en la vida cotidiana y en el espacio privado en que se reproduce, se registran los dos fenómenos mencionados: la emergencia de nuevas identidades femeninas y la crisis económica. Será a partir de la dinámica cotidiana materializada en las relaciones familiares que se evalúen los cambios registrados en la identidad masculina. [13]

La modernización cultural comienza a manifestarse en México a partir de una serie de cambios sociales que se registran en la década de los sesenta. Si bien estos cambios se expresan en el espacio público, también es cierto que el espacio privado donde se reproduce la vida cotidiana es el lugar en donde adquiere mayor relevancia la renovación cultural. Es en ese ámbito en el que se advierte la emergencia de una nueva cultura en el mismo momento en que la práctica de las relaciones sociales se rige por nuevos valores, y cuando las conductas colectivas e individuales aparecen como una suerte de desafío al *statu quo*. El tránsito a nuevas formas de conducta hace que lo viejo aparezca como algo "cursi", y por tanto, despreciable. La confrontación generacional ya no se hace esperar; se vuelve pública. Los jóvenes inician un proceso colectivo de búsqueda de nuevas identidades y símbolos. Y así como la fidelidad representó uno de los valores sociales que resguardaba a la "familia feliz", el amor libre apareció como uno de los valores que promovieron nuevas formas de relación entre el hombre y la mujer.

En los años setenta y ochenta este cambio generacional se manifestó a partir de indicadores macrosociales: los anticonceptivos propiciaron el control de la natalidad en los centros urbanos, se incrementó el índice de divorcios y el número de madres solteras, la liberación de la sexualidad se masificó a partir de los medios masivos de difusión,

etcétera. Los tabúes de una sociedad tradicional y mojigata fueron cuestionados en todos y cada uno de los ámbitos. Evidentemente, si bien se trata de un proceso en el que participan tanto el hombre como la mujer, es ésta la que más desafía el *statu quo*, pues es en ella donde recae el peso de la tradición.

Dicho de otra forma, vista la liberación de la sexualidad a partir de la *doble moralidad* [14] del hombre, quien rompía realmente con los tabúes del sexo era la mujer. Por casi nada se reconoce este cambio cultural a partir de lo que se denomina la *liberación femenina*. En todo caso, la importancia de este fenómeno no se da aisladamente, pues además la mujer de los años setenta accedió a mayores niveles de educación, por lo cual la presunta *división sexual del trabajo* quedó totalmente rebasada. Ya no se trata del hecho de que la mujer aparezca en el mercado de trabajo en todas las ramas y actividades económicas, sino que además aparece apropiándose de los puestos desde donde se ejerce el poder (Martínez, 1993). La mujer rompe los símbolos que le permitían a la sociedad patriarcal reproducir la imagen del hombre personificando al poder. Los atributos que anteriormente se asociaban al género masculino, como la inteligencia, la razón, la iniciativa y hasta la misma fuerza, son ahora rasgos compartidos por las mujeres. Se trata de una etapa social en la que la posmodernidad se expresa a partir de una disolución progresiva de la diferencia entre los géneros. [15]

La pregunta obligada es ¿cómo se expresan estas transformaciones culturales en la familia? y ¿cómo afectan a la identidad masculina?

En primer lugar, el hecho de que la mujer se incorpore al mercado de trabajo le reditúa los medios para iniciar su proceso de independencia. No importa que su ingreso sea apenas significativo, y por lo tanto, considerado como complemento del gasto familiar. Lo significativo es que ese hecho represente una nueva expectativa para la mujer. Se modifican las experiencias cotidianas de uno de los miembros de la familia. Pero ¿qué significa esta nueva situación para el hombre, para el que representa la máxima autoridad dentro de las convenciones de la familia nuclear? ¿Qué diferencia existe si quien se incorpora al mercado de trabajo es la esposa o alguna hija? Evidentemente, las variantes pueden ser tan infinitas como la diversidad de los casos, pero lo importante es que este fenómeno crea las bases para nuevas formas de identidad femenina, y por lo tanto, las bases para el cuestionamiento a la autoridad masculina. [16] El hecho de que la mujer participe en el mercado de trabajo sugiere que el hombre deja de controlar totalmente el ambiente. Por ejemplo, en los años sesenta y los setenta todavía era mal visto que la mujer trabajara. A los ojos de los demás, el hombre que lo permitía "aceptaba" su incapacidad para ser el proveedor del hogar. Pero la autoridad masculina comienza a perder legitimidad. [17] Esto sugiere que el cambio cultural, en el ámbito de las relaciones de pareja, representa un conflicto en tanto que las nuevas prácticas externas a la vida cotidiana cuestionan el *statu quo* del hombre en el contacto *face-to-face* entre el hombre y la mujer.

La interacción de los miembros de la familia en su entorno, en el *habitus* externo al ámbito familiar, representa formas de intercambio a partir de las cuales los miembros confrontan el "orden" de su unidad social. Esta situación cuestiona la validez de lo establecido, y por tanto, *del ser la autoridad*. Sin embargo, reconozcamos que la tradición impone a la imagen paterna como la máxima autoridad, y que en todo caso, la cuestión económica tan sólo es un aspecto de la dominación. En este sentido, aunque la mujer o la familia ya no dependan totalmente de la capacidad proveedora del hombre, la dominación se mantiene. Por esta razón las feministas cuestionan el autoritarismo masculino a partir del concepto de la *doble jornada*, refiriéndose al hecho de que independientemente de que la mujer aporte una parte del ingreso total, ella tiene que cumplir con las tareas domésticas. La mujer es doblemente explotada. Pero aparte de que no se puede generalizar, tampoco se

puede negar que en las clases medias a la que se les atribuye un mejor nivel educativo, y por tanto, mayor conciencia de la situación, se crean las condiciones para equilibrar las diferencias.

Los avances culturales dependen, entonces, de las experiencias particulares de cada caso, del peso de la tradición, de la lucha entre lo viejo y lo nuevo y de la experiencia cotidiana de hombres y mujeres.

Pensemos en el caso de una pareja *posthippie*, [18] donde la mujer obtenga más recursos que el hombre. Evidentemente, la autoridad tradicional del hombre queda claramente cuestionada y la dependencia de la mujer está totalmente superada. Sin embargo, en la medida en que la cultura se encuentra en proceso de transición, puede advertirse una serie de contradicciones originadas por su expresión en la vida cotidiana que imponen ese orden establecido que "el señor" ha de representar en el ritual contemporáneo: el símbolo de la autoridad. Se trata de una paradoja en la cual la mujer juega a ser sumisa en el ámbito público, mientras que en la vida cotidiana asume la autoridad que le concede su total independencia económica. De esta forma, sin exaltar su condición en el ámbito familiar, simplemente toma las decisiones de importancia para la reproducción social cotidiana. Es decir, ejerce el poder. No se trata tan sólo de la configuración de nuevos símbolos, sino de una situación concreta en la cual los papeles se han invertido. Un hombre en desventaja económica con su pareja queda expuesto a una condición subordinada. Esta imagen sugiere que *el poder no tiene sexo* (Martínez, 1996).

En este caso la crisis de la masculinidad no se explica solamente a través de la emergencia de una nueva configuración de símbolos, sino por el hecho concreto de haber perdido el control, y por tanto, la posibilidad de ejercer el poder que la sociedad todavía sigue asociando a los rasgos de la identidad masculina.

El tercer caso a considerar corresponde a un escenario muy actual, y que parece adquirir mayor capacidad para materializar sus tendencias. Se trata del efecto de la crisis económica que azota al país, pues este fenómeno incide de inmediato en la subjetividad de todos los individuos. Las expectativas se ven truncadas y la estabilidad emocional gravemente afectada por la crisis. ¿Qué tipo de relaciones se pueden estar gestando en una relación de pareja en la que el hombre ha perdido su fuente de ingresos, y no ve para cuándo logre reincorporarse al mercado de trabajo? Ya ni siquiera es el caso de una pareja en la que el hombre ingresa menos recursos económicos que la mujer, sino que, simplemente, es totalmente dependiente de su pareja. Esta es una situación caótica en la cual la crisis de la identidad masculina llega a su clímax.

A manera de conclusión

De ninguna forma se pretende haber agotado la reflexión acerca de la condición actual de la masculinidad en México. Tan sólo se han trazado tres grandes líneas que permiten identificar los elementos de la problemática familia-masculinidad. En este sentido, se ha intentado establecer la relación entre la familia y la-totalidad sistémica, a partir de la cual se identifican los principales conflictos que los hombres enfrentan al transformarse el contexto tanto de su espacio privado, como del público.

La interpretación de la relación familia-masculinidad a partir del concepto de vida cotidiana ha permitido destacar la "naturaleza" de la familia en el análisis de un aspecto de la realidad, de un aspecto de las manifestaciones culturales. Sin embargo, esta perspectiva ha permitido identificar los intercambios básicos con el entorno, centrando la atención en la relación cultura-economía, pues una de las hipótesis sobre las que se trabaja es que la crisis económica profundiza más las causas de la crisis en la identidad masculina.

Además, se analiza a la familia en cuanto a su capacidad para reproducirse materialmente, y por tanto, en relación estrecha con el papel económico que juegan sus miembros. La vida cotidiana adquiere su expresión, al menos, en dos ámbitos de la vida social, el de la cultura y el de la economía.

Las influencias del entorno en el ámbito familiar provocan la emergencia de nuevos símbolos que cuestionan la autoridad social de la masculinidad, al mismo tiempo que las nuevas identidades femeninas, a partir de las cuales las mujeres aparecen ejerciendo el poder, y por tanto, provocando la ruptura de las estructuras simbólicas tradicionales, dejan de reflejar la superioridad masculina.

La ruptura simbólica que emerge de un cambio cultural tan evidente como el que se vive en los últimos años del siglo XX ha provocado una crisis en la identidad masculina que obliga a revisar los principios que rigen las relaciones de pareja y familiares. Así como se buscan nuevas bases para conformar una cultura genérica más igualitaria, también se definen nuevos compromisos para la familia moderna, más consecuentes con las actuales tendencias sociales. Como lo sugiere Agnes Heller, es necesario revolucionar la vida cotidiana para construir relaciones adecuadas a los tiempos modernos. Se trata, entonces de reproducir, repetir y copiar, hasta expandir en el espectro social nuevas prácticas entre los géneros que den origen a las condiciones requeridas para una nueva vida cotidiana; más igualitaria y, por lo tanto, libertaria. Una nueva vida cotidiana se ha de imponer a otra vieja y caduca.

CITAS:

[*] Profesor en la carrera de ciencia política, UAM- Iztapalapa, e investigador de la Fundación Rafael Preciado Hernández.

[1] En la medida en que el objeto de este ensayo versa sobre la vida cotidiana, tomaremos como eje de análisis teórico-conceptual los siguientes trabajos de Agnes Heller: *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Grijalbo, México, 1985. *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1991. *La revolución de la vida cotidiana*, Península, Barcelona, 1982, y "¿Puede estar en peligro la vida cotidiana?" en *Historia y futuro ¿sobrevivirá la modernidad?*, Península, 1991.

[2] El concepto de cultura es en la antropología un referente básico que ha sido trabajado desde diferentes ópticas analíticas y experiencias históricas. De hecho, las etnografías se han convertido en el mejor vehículo para reflejar las expresiones concretas de las culturas; por lo tanto tan sólo recomendamos a un autor significativo en la antropología norteamericana para el tratamiento de la cultura: Clifford Geertz, 1995.

[3] Sin embargo, no se desvincula lo individual de lo colectivo, pues, según Heller, "la reproducción de la sociedad no tiene lugar automáticamente a través de la autor reproducción del particular (como sucede, por el contrario con las especies animales, que se reproducen automáticamente con la reproducción de los animales particulares). El hombre sólo puede reproducirse en la medida en que se desarrolla una función en la sociedad" (Heller, 1991a: 20).

[4] Al respecto Heller señala: "en el ámbito de una determinada fase de la vida el conjunto (el sistema, la estructura) de las actividades cotidianas está caracterizado por el contrato, por la continuidad absoluta, es decir, tiene lugar precisamente cada día" (Heller, 1991a:23).

[5] En un intento más por profundizar en el concepto de vida cotidiana, Heller señala: "por experiencia vital no pretendo referirme sólo a los actos, acontecimientos y sucesos, sino también al marco general de significados, visiones del mundo, instituciones de significación que guían, sintetizan y ordenan el proceso mismo de la experiencia" (Heller, 1991b: 60).

[6] Esta parte del trabajo toma como referente la ponencia "La identidad masculina ante las nuevas tendencias de la familia", presentada en el xx Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción, celebrado en la Ciudad de México del 2 al 6 de octubre de 1995.

[7] Michael Andrée, *Sociología de la familia y el matrimonio*, Península, Barcelona, 1991. En este trabajo se hace una excelente interpretación acerca del papel que ha jugado la familia en el contexto de la evolución de la sociedad contemporánea.

[8] Aunque es demasiado vasta la bibliografía sobre el tema del análisis sistémico, llamamos la atención, por ejemplo, de los trabajos Ludwing Von Bertalanfy, *Teoría general de los sistemas*, FCE, México, novena impresión, 1993; Richard N. Adams. *Energía y estructura. Una teoría del poder social*, FCE, México, 1a. edición en español, 1983; Niklas Luhmann. *Sistemas sociales. Lineamientos para una Teoría General*, UIA-Alianza Editorial, México, 1984; Jean-Claude Lugan. *Elementos para el análisis de los sistemas sociales*, FCE, México, 1995.

[9] Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Universidad Madrid, 1987.

[10] Un trabajo clásico acerca de la familia en México es el de Luis Leñero, 1976. En este trabajo se define a la familia nuclear como aquella constituida por el padre, la madre y los hijos. A cada miembro se le asigna un rol social dependiendo de su sexo. Al padre le corresponde la responsabilidad de ser el proveedor de la familia. Se trata, entonces, de un texto a partir del cual se hace referencia a la familia tradicional.

[11] Norbert Elías, 1987. Este trabajo resulta un excelente referente para tratar la génesis de la sociedad contemporánea, desde el punto de vista de la cultura. En ese sentido, el autor trata las transformaciones que la sociedad de transición, la sociedad cortesana, registra en la reproducción de la vida cotidiana, al tiempo que la articula a las grandes transformaciones del "Estado". Por lo tanto, lo individual y lo colectivo son los principales ejes del análisis que nos brinda Elías.

[12] Para revisar las características tradicionales de los géneros, ver, por ejemplo, Anne-Marie Rocheblave, 1968.

[13] Las reflexiones que se vierten en esta parte del ensayo corresponden a las primeras interpretaciones de nueve estudios de caso inscritos en el proyecto *Nuevos perfiles de la masculinidad en el México actual*, que se desarrolla en la Universidad Autónoma Metropolitana.

[14] Cuando las estudiosas del género femenino señalan la doble moralidad del hombre, se refieren a que no es mal visto que el hombre tenga más de una relación de pareja; a la permisibilidad que otorga al hombre una sociedad patriarcal.

[15] Ver por ejemplo, Rosa María Rodríguez Magda. *Femenino fin de siglo. La seducción de la diferencia*, Anthropos, Barcelona, 1994 y Gilles Lipovetsky. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, 1986.

[16] El hecho de que la mujer se incorpore al mercado de trabajo significa que ha iniciado las bases para su independencia respecto al hombre. Ver por ejemplo, Simone de Beauvoir. *El segundo sexo. 1 Los hechos y los mitos*. Alianza Editorial Mexicana, México, 1990. En ese mismo sentido se puede interpretar que, al menos en los Estados Unidos, la participación económica de la mujer sienta las bases para la emancipación femenina, es decir, que en la práctica familiar y de pareja se promueven los cambios que contextualizan el movimiento feminista de los años sesenta, Ver por ejemplo, Marvin Harris. *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*, Alianza editorial, Madrid, 1992.

[17] Richard N. Adams. *Energía y estructura. Una teoría del poder social*, FCE, México, 1983. Para este autor, "uno de los indicadores más importantes y obvios del cambio cultural y social es el surgimiento de desacuerdos sobre la asignación de la legitimidad" (pág. 50). La independencia económica de alguno de los miembros de la familia propicia la erosión de la legitimidad de la figura paterna.

[18] Utilizo este término para referirme a las generaciones que iniciaron sus relaciones de pareja a partir del cambio cultural que en México se registró a finales de la década de los sesenta.

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, Pierre (1990), *Sociología y cultura*, CONACULTA-Grijalbo, México.

Elias, Norbert (1982), *La sociedad cortesana*, FCE, México.

----- (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones socio genéticas y psicogenéticas*, FCE, Madrid.

----- (S.F.), *Sobre el tiempo*, FCE, Madrid.

----- (S.F.), *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Península, Barcelona.

Geertz, Clifford (1995), *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.

Godelier, Maurice (1989), *Lo ideal y lo material*, Taururs, Madrid.

Heller, Agnes (1982), *La revolución de la vida cotidiana*, Grijalbo, México.

----- (1985), *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Grijalbo, México.

----- (1991a) *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Barcelona

----- (1991 b) *Historia y futuro ¿ sobrevivirá la modernidad?*, Península, Barcelona.

Kaufman, Michael (1989), *Hombres. Placer, poder y cambio*, CIPAF, Santo Domingo.

----- (1994), *Theorizing Masculinities*, Sage, USA.

Leñero, Luis (1976), *La familia*, Anuiés, México

Martínez, Griselda (1993), "La mujer en el proceso de modernización en México", *El Cotidiano*, Núm. 53, marzo-abril, México.

----- (S.F.), "Los retos de las mujeres ejecutivas ante el nuevo liderazgo", *Nueva Sociedad*, Núm. 135, Venezuela.

- (S.F.), "Mujeres ejecutivas y nuevos pactos familiares", *Memoria. La Familia en México: Permanencia y Cambios*, UAM-A, México.

- (1996), "Mujeres con poder: Nuevas representaciones simbólicas", *Nueva Antropología*, núm. 49, México.

Montesinos, R. (1995), "Cambio cultural y crisis en la identidad masculina", *El Cotidiano*, Núm. 68, marzo-abril, México.

(1995b), "La identidad masculina ante las nuevas tendencias de la familia", ponencia presentada en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. América Latina y el Caribe: Perspectivas de su Reconstrucción, celebrado en la Ciudad de México del 2 al 6 de octubre de 1995.

Rocheblave, Anne-Marie (1968), *Lo masculino y lo femenino en la sociedad contemporánea*, Ciencia Nueva, Madrid.